

á cada instante divisar las velas de sus escuadras, y la ocasión tan deseada de invadir la Inglaterra. Todas sus huestes estaban embarcadas desde el Texel hasta Etaples: en el Texel, los caballos de la artillería estaban á bordo hacia muchas semanas. Todas las tropas, sin excepción, estaban á bordo de las naves. La escuadra de línea, encargada de escoltar el convoy, sólo esperaba la señal de levar el ancla. En los cuatro puertos de Ambletusa, Wimereux, Boloña y Etaples, se había hecho tomar muchas veces las armas á los ciento treinta mil hombres destinados á entrar á bordo de los barcos chatos. Habían sido conducidos á los muelles, y á cada cual se le había hecho ocupar su puesto en las naves. De este modo se había llegado á conocer qué tiempo se necesitaba para hacer esta operación. En Ambletusa los soldados del cuerpo de Davout se habían embarcado todos en hora y cuarto, y los caballos en hora y media. Lo mismo se había verificado en Etaples y en Boloña proporcionalmente al número de hombres y caballos.

Todo estaba ya por lo tanto dispuesto cuando llegó á Napoleón la noticia del combate del Ferrol, de la escalada en Vigo y de la entrada en la Coruña. Por mucho que le disgustase saber el abatimiento de Villeneuve, por más severamente que le juzgase, lisonjeábase, no obstante, el buen resultado total, y mandó que en todos los diarios se publicase la relación del combate naval, con las reflexiones más encomiásticas para Villeneuve y para las dos escuadras combinadas. El suceso de los dos navíos perdidos sólo se le representó como un accidente causado por la bruma, enojoso sin duda alguna, pero de escasa importancia comparado con el resultado que se acababa de conseguir, á saber, la entrada en Vigo y la reunión de las dos escuadras (1).

(1) Véanse las cartas que escribía Napoleón sobre este asunto al almirante Villeneuve y á su edecán Lauristón.

Al almirante Villeneuve.

Boloña 25 termidor año XII (13 agosto 1805).

He visto con placer, señor vicealmirante, por el parte del combate del 3 termidor, que muchos de mis navíos se han comportado con el denuedo que era de esperar. Debo felicitar á usted por la brillante maniobra que ejecutó al comenzar la acción, la cual ha trastornado todos los proyectos del enemigo. Hubiera yo sin embargo deseado ver que empleaba usted el número considerable de sus fragatas en socorrer á los navíos españoles, que por haberse empeñado en el combate los primeros debían necesitar mayor auxilio. Hubiera igualmente deseado que al día siguiente de la acción hubiese usted perseguido al enemigo sin darle tiempo de poner á recaudo sus navíos *Windsor-Castle* y *Malta* y los dos navíos españoles, que por ir desarbolados tenían forzosamente que embarazar y entorpecer su marcha. Con esto hubieran logrado mis armas el esplendor de una gran victoria. La lentitud de la maniobra ha dejado espacio á los ingleses para enviarlos á sus puertos; pero tengo fundamento para creer que la victoria ha quedado de nuestra parte, puesto que ha logrado usted entrar en la Coruña. Espero que esta comunicación no le encontrará á usted en ella, y que habrá usted roto el crucero enemigo para reunirse con el capitán Lallemand, asolar cuanto se le haya puesto por delante y trasladarse al canal de la Mancha, donde esperamos á usted con viva ansia. Si no lo ha hecho usted aún, hágalo sin demora, marche usted denodadamente sobre el enemigo. Me parece que el orden de batalla preferible es el de entremezclar los navíos españoles con los franceses, y situar á retaguardia de cada navío de aquéllos fragatas para socorrerle durante el combate, y utilizar de este modo las muchas fragatas que usted lleva. Puede usted todavía aumentar su

Ya no le cabía duda de que Villeneuve trataba de presentarse en Brest. Ganteaume se hallaba en Bertheaume, es decir, fuera de la rada interior, con la alta mar enfrente y apoyado por ciento cincuenta bocas de fuego formando batería en la costa. Malo había de ser que no pudiera Ganteaume tomar parte en el combate que se empeñara para hacer levantar el bloqueo, y que los franceses, reuniendo cincuenta navíos, veintinueve al mando de Villeneuve y veintiuno al de Ganteaume, no lograsen ahuyentar al enemigo y entrar con treinta

número con la *Guerrera* y la *Revancha*, repartiendo entre ellas las tripulaciones del *Atlas*; pero todo de manera que no se retrasen por esto las operaciones. En la actualidad tiene usted bajo su mando diez y ocho navíos nuestros y doce ó diez por lo menos del rey de España. Mi deseo es que ataque usted al enemigo dondequiera que lo encuentre, siempre que su fuerza no pase de veintitrés navíos.

Por el regreso de la fragata *Presidente* y de otras varias que le mandé á usted á la Martinica y la Guadalupe, he sabido que en vez de haberse reforzado con tropas estas dos islas, sus guarniciones han quedado más debilitadas de lo que estaban. Sin embargo, Nelson sólo llevaba nueve navíos. Los ingleses no tienen fuerzas tan numerosas como usted se imagina; andan muy repartidos y tienen por todas partes metido el resuello. Con que se presente usted aquí por tres días, y aun menos, por espacio de veinticuatro horas tan sólo, llena usted su cometido. Anuncie usted por medio de un correo extraordinario al almirante Ganteaume el momento de su partida. Por último, nunca habrá corrido una escuadra algunos azares por un objeto más grande, ni habrán verido jamás su sangre nuestros soldados de mar y tierra por conseguir un resultado más noble é importante. Bien podemos morir todos sin llorar nuestras vidas por el grandioso intento de favorecer una irrupción en esa potencia que está avasallando la Francia hace seis siglos. Tales son los sentimientos que deben animar á usted y á todos mis soldados. La Inglaterra en sus dunas no tiene más que cuatro navíos de línea, que nosotros fatigamos todos los días con nuestras gabarras y nuestras escuadrillas. — Con esto, etc.

Con fecha 14 de agosto insiste de nuevo más que nunca en la expedición á pesar de la opinión de Decrés.

Al general Lauristón

Boloña, 26 termidor del año XIII (14 de agosto de 1805).

He recibido, señor general, sus dos cartas de usted del 9 y 11 termidor. Espero que al recibir ésta habrá usted ya salido del Ferrol, y que la escuadra habrá dado la vela hacia su destino. No concibo por qué no ha dejado usted en la Martinica y en la Guadalupe los regimientos 67 y 16, á pesar de habérselo prevenido bien terminantemente en mis instrucciones, de donde resulta que después de una expedición tan considerable no tengo siquiera la satisfacción de ver mis islas defendidas de cualquier amago. No hay en la actualidad en ellas ni tres mil hombres, y después del mes de vendimiario no habrá ni dos mil quinientos. Confío en que Villeneuve no se dejará bloquear por una escuadra inferior á la suya. En la actualidad debe tener treinta navíos de guerra, escuadra muy suficiente á mi entender para acometer á otra de veinticuatro navíos solamente. Auxílieme usted y estimúlele todo lo que pueda; póngase usted de acuerdo con él sobre las tropas que llevan ustedes á bordo, y mándeme usted un estado de ellas. Puede usted dejarlas á bordo, ó, si el almirante lo cree conveniente, desembarcarlas y formar una división en el Ferrol.

Tome usted sus medidas para formar un depósito con las tropas que han desembarcado en Vigo, y para que todas las tropas que lleguen al Ferrol puedan trasladarse allí y reunirse luego con sus cuerpos.

El capitán Lallemand apareció hacia las costas de Irlanda á principios de termidor, y debe estar hace ya tiempo en el punto de reunión. Se le encargó que si no tenía noticias de la escuadra, se las proporcionase en Vigo, adonde se trasladó un oficial, suponiendo que el almirante Villeneuve no hubiera aparecido para el 21 termidor. *En todas partes nos hallamos dispuestos. Nos basta con que la escuadra se presente por solas veinticuatro horas.* — Con esto, etc. (N. del A.)

ó cuarenta navíos en la Mancha, aunque sacrificaran diez ó veinte.

«Ya ve usted claramente, decía Napoleón á Decrés, que se hallaba con él en Boloña, cómo á pesar de una infinidad de errores y de acontecimientos desfavorables, la naturaleza de mi proyecto es radicalmente buena, y cómo todas las probabilidades están aún de nuestra parte y nos acercan al triunfo.»

Decrés, que era depositario de la secreta pesadumbre de Villeneuve, y que participaba de la desconfianza en la fortuna, no se mostraba tan tranquilo. «Todo puede ser, le contestaba, porque todo ha estado perfectamente calculado; pero si la cosa sale bien, creeré que Dios con su mano es quien lo ha hecho. Por otra parte, son tantas las veces que se nos ha mostrado en los proyectos de V. M., que no me admiraría verle en esta ocasión de nuevo (1).»

Del 15 al 20 de agosto fué cuando experimentó Napoleón la mayor impaciencia. Había señales preparadas en los puntos más culminantes de la costa para avisarle así que la escuadra francesa se divisase en el horizonte. Atento á cada correo que llegaba de París ó de los puertos, despachaba sin cesar nuevas órdenes para precaver cuantos impedimentos pudieran suscitarse á sus designios. Habiéndole comunicado Mr. de Talleyrand que los armamentos de Austria iban siendo cada día más significativos y amenazadores, y que era muy de temer una guerra continental; pero que al mismo tiempo la Prusia, seducida por el cebo del Hannover que habían ofrecido á su codicia, estaba dispuesta á concertar una alianza con la Francia, Napoleón, sin perder una sola hora en deliberaciones, hizo llamar á Duroc, le entregó una carta para el rey de Prusia, y todos los poderes necesarios para firmar un tratado. «Parta usted inmediatamente, le dijo; vaya usted á Berlín sin pasar por París y decida usted á la Prusia á firmar un tratado de alianza conmigo. Yo le doy el Hannover, con la condición de que se decida acto continuo; bien lo merece el presente que le ofrezco. Dentro de quince días ya no le haré la misma oferta; hoy sí, porque necesito guarecerme del Austria mientras me embarco. En cambio de este beneficio concedo yo á la Prusia un país extenso que proporcionará cuarenta mil hombres más á su ejército. Pero si más adelante me veo precisado á dejar las riberas del Océano para volverme hacia el continente, y alzo mis campamentos y abandono mis proyectos contra la Inglaterra, entonces ya no necesitaré de nadie para escarmentar al Austria, y no me será tan costoso un servicio de que ya no habré menester.» Exigía, pues, Napoleón que la Prusia moviese inmediatamente tropas hacia Bohemia, y por otro lado no quería que se recargase el tratado con condiciones relativas á la Holanda, á la Suiza y á la Italia. Cedia el Hannover y quería que se hiciese con él alianza sin otra condición más (2).

Por la prontitud con que resolvió Napoleón un paso de tamaña trascendencia, se podrá calcular la impor-

(1) Me limito á analizar textualmente las numerosas esquelas que Napoleón y el almirante Decrés se escribían diariamente, á pesar de hallarse á media legua de distancia uno de otro; aquél en el Pont-de-Briques, éste en la ribera del mar. (N. del A.)

(2) Tal es el análisis de las instrucciones secretas entregadas al gran mariscal Duroc. (N. del A.)

tancia que daba en aquel momento á la libre consumación de sus proyectos. El día mismo en que daba sus instrucciones á Duroc, es decir, el 22 de agosto, llegó á Boloña el correo que había salido del Ferrol mientras Villeneuve se hacía á la vela. Recibía Napoleón directamente en el castillejo de Pont-de-Briques el parte de Lauristón, mientras llevaban á Decrés, á la barraca donde se hallaba establecido, la carta que le escribía Villeneuve.

Lleno de júbilo Napoleón con las palabras de Lauristón que le decía: *Nos dirigimos á Brest*, dictó al punto para Villeneuve y para Ganteaume las dos siguientes cartas, que reproducimos como muy dignas de las páginas de la historia.

Decía á Ganteaume:

«Ya le he participado á usted por el telégrafo que deseo no tolere usted que pierda Villeneuve un solo día, con objeto de que, sacando partido de la superioridad que me dan esos cincuenta navíos de línea, zarpe usted inmediatamente para llenar su cometido y trasladarse al canal de la Mancha con todas sus fuerzas. Confío en sus disposiciones de usted, en su firmeza y en su carácter, en tan crítica circunstancia. Salga usted y venga acá para vengarnos juntos de seis siglos de insultos y de afrenta. ¡Mis soldados de mar y tierra no habrán expuesto jamás la vida por un objeto más grandioso!—Campamento imperial de Boloña, 22 de agosto de 1805.»

Y escribía á Villeneuve:

«Espero, señor vicealmirante, que habrá usted llegado á Brest. Siga usted, no pierda usted un instante, entre usted con mis escuadras reunidas en el canal de la Mancha. ¡Nuestra es la Inglaterra! Todos estamos aquí dispuestos, todo está á bordo. Preséntese usted por veinticuatro horas solamente, y es hecho.—En el campamento imperial de Boloña á 22 de agosto.»

Pero mientras Napoleón, engañado por el parte de Lauristón, dirigía estas entusiastas expresiones á los dos almirantes, Decrés recibía por el mismo correo noticias enteramente contrarias, en las que le daba Villeneuve muy pocas esperanzas de marchar sobre Brest. Corrió en busca del emperador, y le dió parte de la triste disposición de ánimo en que se encontraba Villeneuve al dejar el Ferrol. Al recibir noticias tan contradictorias montó Napoleón en una violentísima cólera, cuyas primeras explosiones sufrió el almirante Decrés por haberle designado para el mando de la escuadra un hombre como aquél. Agravó su enojo contra el ministro el atribuirle, además de la elección de Villeneuve, opiniones análogas á las que habían causado el fatal desaliento del malhadado almirante: echábale en cara la debilidad de su amigo y el baldón que caía sobre la marina francesa, y que causaba la desesperación de todos los hombres de mar. Quejábbase de no tener quien le ayudara en sus grandes designios, y de no encontrar más que hombres que, por un extremado apego á su conservación y á un honor mal entendido, ni siquiera sabían perder una batalla, cuando lo único que de ellos exigía era que tuviesen valor para sucumbir. «Su Villeneuve de usted, dijo á Decrés, no es ni siquiera capaz de mandar una fragata. ¿Qué se ha de decir de un hombre que porque se le enferman unos pocos marineros en los buques de su escuadra, porque se le troncha un juanete y se le rasgan un par de lonas, y porque oye susurrar



que Nelson y Calder se reúnen, se atolondra, pierde la reflexión y renuncia á todos sus proyectos? Pues si Nelson y Calder se hubiesen reunido, claro está que se hallarían á la entrada misma del Ferrol, en acecho para caer sobre los franceses al pasar, y no en alta mar. Cualquiera que no esté ciego de espanto lo verá así, ¡vive Dios (1)!» Acusó Napoleón á Villeneuve de cobarde y aun de traidor, y mandó que inmediatamente se extendiesen las órdenes para obligarle á trasladarse de Cádiz al canal de la Mancha, caso de hallarse en Cádiz, y para conferir á Ganteaume el mando de las dos escuadras reunidas, caso de haber dado la vela con rumbo á Brest. El ministro de Marina, que aún no se había atrevido á manifestar por completo su juicio acerca de la reunión de las escuadras en medio del canal en las presentes circunstancias, pero que reputaba esta reunión como eminentemente funesta, una vez que los ingleses advertidos se habían reconcentrado entre el Ferrol, Brest y Portsmouth, suplicó al emperador que no diera aquella orden peligrosa, y le expuso que la estación estaba ya muy adelantada, que los ingleses andaban muy alerta y que su tesón podría acarrearlos alguna horrible catástrofe en las aguas de Brest. Pero Napoleón daba á todo una misma respuesta, á saber: que podían reunirse en Brest cincuenta navíos para cualquier encuentro; que los ingleses no juntarían jamás un número igual, y por último que á todo turbio correr nada le importaba perder una de las dos escuadras, con tal que la otra, libre del bloqueo, pudiese entrar en el canal de la Mancha y enseñorearse de él por espacio de veinticuatro horas.

Decrés, anonadado por el emperador, tomó el partido de escribirle lo que no se atrevía á decirle de palabra, y aquella misma noche le dirigió á Pont-de-Briques la siguiente carta:

*4 fructidor, año XIII (22 de agosto de 1805).*

«... Me he prosternado ante V. M. para suplicarle que no asocie los navíos españoles á las operaciones de sus escuadras. Lejos de haber concedido acerca de esto cosa alguna, pretende V. M. que esta asociación reciba el aumento de los navíos de Cádiz y de Cartagena.

»V. M. quiere que se emprenda con semejante agregación una operación difícilísima de por sí, y cuya dificultad crece con los elementos de que se compone la armada, con la inexperiencia de sus jefes, con su poca costumbre de mandar, y por último con las circunstancias que V. M. sabe tan bien como yo, y que es ocioso enumerar.

»En semejante estado, no contando para nada V. M. ni mis razones ni mi experiencia, no conozco situación más penosa que la mía. Deseo que V. M. se digne tomar en consideración que para mí no hay más interés que el de su pabellón y que el honor de sus armas; le

(1) Carecería la historia de estas curiosas escenas, de que ya no existen testigos, si no fuera por las cartas particulares y autógrafas del almirante Decrés y del emperador. En ellas están retratadas al vivo todas las agitaciones de aquellos días memorables. Hay muchas que pertenecen á un mismo día, á pesar de hallarse el emperador y Decrés á media legua de distancia uno de otro.

(N. del A.)

ruego que si su escuadra se halla en Cádiz, considere este acontecimiento como una disposición del destino, que la reserva para otras operaciones. Yo suplico á V. M. que no la mande venir de Cádiz á la Mancha, porque si se intentara en este momento sería á costa de graves infortunios. Suplícole sobre todo que no disponga que se arriesgue á hacer esta travesía no teniendo víveres más que para dos meses, porque Mr. de Estaing ha tardado, según tengo entendido, setenta ú ochenta días en ir desde Cádiz á Brest (y aun quizá más).

»Si estas súplicas no son para V. M. de ningún peso, juzgue V. M. cuál será el estado de mi corazón...

»En este momento especialmente, en que me es dado detener el curso de unas órdenes que conceptúo funestas al servicio de V. M., es cuando me creo más obligado á insistir con energía en mi ruego. ¡Ojalá sea en esta circunstancia más afortunado de lo que fui antes!

»Pero es para mí una desgracia el entender de las cosas de la mar, puesto que este conocimiento no merece confianza alguna ni produce el menor resultado en las combinaciones de V. M. En verdad, señor, mi situación se va haciendo hartamente penosa. Acúsome de no saber persuadir á V. M.; pero dudo que pueda conseguirlo un hombre solo. Díguese V. M. crear un consejo ó un almirantazgo para las operaciones de mar, ó lo que más sea de su agrado, pues veo que por mi parte en vez de ganar prestigio, le voy perdiendo cada día. Fuerza es ser explícito: un ministro de Marina subyugado por V. M. en lo concerniente á la mar, le servirá mal, y vendrá á ser nulo para la gloria de sus armas, si no le es perjudicial.

»Con grande amargura de mi alma, en que nada amengua mi lealtad y fidelidad á vuestra persona, ruego á V. M. admita mi profundo respeto.—DECRES.»

El emperador, descontento, pero casi convencido, le contestó inmediatamente desde Pont-de-Briques: «Ruego á usted que me envíe en todo el día de mañana una Memoria sobre la siguiente cuestión: En la situación actual de las cosas, si Villeneuve permanece en Cádiz, ¿qué convendrá hacer? Elévese usted á la altura de las circunstancias y de la situación en que se encuentran la Francia y la Inglaterra; no vuelva usted á escribirme cartas como la que me ha escrito, eso nada significa. Por mi parte sólo una necesidad siento, que es la de triunfar.» (22 de agosto.—*Depósito del Louvre*).

Al día siguiente, 23, propuso Decrés su plan al emperador. Consistía primeramente en demorar la expedición hasta el invierno, por ser ya muy tarde para llevar la escuadra de Cádiz á la Mancha, empresa muy expuesta en medio de las borrascas del equinoccio. Los ingleses, por otra parte, estaban sobre aviso, y no había quien no sospechase un proyecto de reunión entre Boloña y Brest. Según la opinión de Decrés, convenía dividir aquellas escuadras, demasadamente numerosas, en siete ú ocho cruceros de cinco ó seis navíos cada uno. Los resultados que en la actualidad obtenía el del capitán Lallemand era una prueba de lo mucho que podía esperarse de estas divisiones destacadas. Era menester emplear en su formación los mejores oficiales y los mejores navíos, y entregarlos al Océano. Estos cruceros molestarían á los ingleses arruinando su comercio, y en ellos se formarían excelentes marineros y jefes de

escuadra, con cuyos elementos sería fácil formar una buena escuadra para cualquier gran proyecto ulterior. He aquí, decía el almirante Decrés, *la guerra según el consejo de mi corazón*.

«Por último, añadía, si para el invierno deseáis tener una escuadra en el canal de la Mancha, fácil será conducirla. Tendréis en Cádiz unos cuarenta navíos; reunid á ellos un ejército de desembarco, y dad á esta reunión las apariencias de un proyecto contra la India ó la Jamaica; dividid luego la escuadra en dos partes; escoged entre los navíos los más veleros, y entre los oficiales los más experimentados por espacio de un año de valientes y entendidos; zarpad secretamente con veinte navíos tan sólo, teniendo cuidado de dejar los restantes para atraer la atención de los ingleses; dirigid después estos veinte navíos hacia las costas de Irlanda y de Escocia, y llevadlos de allí á la Mancha. Llamad á París á Villeneuve y á Gravina, infundídesles nuevo aliento, y no me cabe duda de que ejecutarán con tino esta maniobra.»

Después de haber leído este proyecto, renunció Napoleón del todo á su idea de traer inmediatamente la escuadra de Cádiz, si en efecto se hallaba en aquel puerto, y escribió de su puño en el reverso de la comunicación estas palabras: «Formar siete cruceros, distribuidos entre el Africa, el Surinam, Santa Elena, el Cabo, la isla de Francia, las islas de Barlovento, los Estados Unidos, las costas de Irlanda y de Escocia y la embocadura del Támesis (1).» Púsose en seguida á leer y repasar los partes de Villeneuve, de Lauristón y del agente consular que había por largo tiempo observado con el antejo el rumbo de la escuadra francesa hasta perderse de vista desde las alturas del Ferrol, como buscando en ellos la página del libro del Destino donde hallar respuesta á esta pregunta: ¿Adónde se dirige Villeneuve, á Cádiz ó á Brest?.. La incertidumbre en que aquellos partes le sumergían, le exasperaba más todavía de lo que hubiera podido exasperarle la noticia segura de la marcha sobre Cádiz. En semejante estado de agitación, atendida sobre todo la situación de la Europa á la sazón, satisfacer á su duda descubriéndole la verdad, hubiera sido para él un gran beneficio, porque las noticias de la frontera de Austria iban siendo cada vez más alarmantes. Los austriacos prescindían ya de todo disimulo; marchaban sobre el Adige con fuerzas considerables, y amenazaban al Inn y á la Baviera. En tal situación, si Napoleón no caía sobre Londres como un trueno, de modo que hiciese temblar de espanto y contuviese á la Europa, era menester que se precipitase á marchas forzadas sobre el Rhin para evitar el ultraje que, ocupando su frontera antes que él, se le preparaba. En su ansia, pues, por saber la verdad de lo sucedido, escribió repetidas cartas al almirante Decrés, desde Pont-de-Briques al campamento, para que le dijese su opinión personal sobre la determinación que con más probabilidad pudiera haber tomado Villeneuve. El ministro, por no irritar al emperador, y formando al mismo tiempo escrupulo de engañarle, le contestaba á cada carta de una manera distinta y casi contradictoria, diciéndole unas veces que sí y otras que no, como conta-

(1) Tomo estos pormenores del mismo documento original que tengo á la vista.

(N. del A.)

TOMO VI

giado de la ansiedad de su soberano, pero inclinándose visiblemente hacia el dictamen de que Villeneuve se había dirigido á Cádiz. En realidad, Decrés no lo dudaba. Napoleón entonces, para no ser sobrecojido, formó para elegir dos proyectos, y pasó algunos días en una de esas situaciones ambiguas tan penosas para los caracteres como el suyo, pero tan dispuesto á atravesar la mar é invadir la Inglaterra como á caer sobre el continente con una marcha militar hacia el Austria. Porque siempre que era menester obrar, era distintivo peculiar de su carácter el dominarse inmediatamente y moderar de súbito los arranques á que de grado se había entregado, como para ser más dueño de corregirse y de templar su genio cuando lo había menester. Después de muchas perplejidades en todo el día 23 dió las órdenes necesarias partiendo de una doble hipótesis. «Ya me he resuelto, escribía á Mr. de Talleyrand; mis escuadras se han perdido de vista desde las alturas del cabo Ortegal el 14 de agosto; si aparecen en la Mancha, todavía estamos á tiempo, me embarco y llevo á cabo la irrupción, yendo á Londres á cortar el nudo de todas las coaliciones. Si, por el contrario, mis almirantes flaquean ó hacen mal las maniobras, levanto mis campamentos del Océano, entro en Alemania con doscientos mil hombres, y no me detengo hasta encallar en Viena, quitar al Austria todo lo que aún conserva de la Italia, inclusa Venecia, y lanzar de Nápoles á los Borbones. No he de consentir que se reúnan los austriacos y los rusos, porque les batiré antes que lo consigan. Pacificado el continente, volveré al Océano y trabajaré de nuevo en favor de la paz marítima.»

Hecho esto, con aquella profunda é incomparable experiencia que tenía adquirida y con aquel sin igual discernimiento de lo que más importaba en las medidas que había de tomar, dió sus primeras órdenes para romper la guerra continental sin alterar aún en lo más mínimo su expedición marítima, la cual quedaba tan sólo demorada, puesto que á nadie permitía apartarse de las naves. Dió principio por Nápoles y el Hannover, que eran los dos puntos más apartados de su voluntad. Mandó agregar á la división que se organizaba en Pescara á las órdenes del general Regnier varios regimientos de caballería ligera y algunas baterías de artillería montada, con objeto de formar columnas volantes en aquel país de guerrillas. Transmitió el general Saint-Cyr la orden de llamar á la división de Regnier á la primera señal de hostilidad, de reunirlos con el cuerpo que trajese de Tarento y de caer sobre Nápoles con veinte mil hombres para no permitir que los rusos de Corfú y los ingleses de Malta invadiesen la Italia.

Mandó en seguida al príncipe Eugenio, que aunque virrey de Italia estaba bajo la tutela militar del mariscal Jourdan, que reuniese sin demora las tropas francesas diseminadas desde Génova hasta Bolonia y Verona, las dirigiese sobre el Adige, comprase caballos para la artillería de toda la Italia, y montase inmediatamente cien bocas de fuego. Estas disposiciones eran fáciles y de pronta ejecución por hallarse las tropas francesas formadas en divisiones y en perfecto pie de guerra. Dispuso se agregasen á ellas reclutas de los depósitos, y prescribió al mismo tiempo que en todas partes se amasase galleta para abastecer las plazas de Italia. No estando todavía terminada la de Alejandría, quiso que

84



la ciudadela de Turín sirviese de plaza de depósito al Piamonte.

Disposiciones semejantes adoptó para la Alemania. El mismo día 23 despachó un correo á Bernadotte, que había substituído al general Mortier en el mando del Hannóver, encargándole con el mayor sigilo, y sin que hiciese la menor muestra exterior de su nuevo destino, que en Gotinga, es decir, hacia la extremidad de este electorado, y en el punto de arranque de los caminos de la Alemania central, reuniese la parte principal de su cuerpo de ejército; que empezase por encaminar hacia aquel punto la artillería y los bagajes mayores; que operase estos movimientos de modo que no pudiesen discernirse claramente hasta pasados diez ó quince días; que para prolongar las dudas se presentase en persona en el punto contrario y finalmente que esperase su última orden para emprender definitivamente su marcha. Su intento era si lograba encontrarse con la Prusia, como lo esperaba con respecto al Hannóver, evacuar este reino, y atravesar, sin necesidad de permiso, todos los pequeños Estados de la Alemania central para llevar á la Baviera el cuerpo de ejército que sacase del Hannóver.

Por el mismo correo mandó al general Marmont, que se hallaba en el Texel, preparar inmediatamente sus tiros y su material para poder en el término de tres días emprender la marcha con su cuerpo de ejército, recomendándole el secreto y que hasta nueva orden no hiciese alteración ninguna en el embarco de sus tropas. Finalmente, en la misma Boloña hizo por primera y única vez una segregación de fuerzas de caballería pesada y dragones. Tenía allí reunida mucha más caballería de la que en realidad necesitaba, y sobre todo mucha más de la que podía embarcar: mandó por lo tanto que se rezagase una jornada la división de coraceros de Nansouty, y que se reuniesen en Saint-Omer los dragones de infantería y caballería que iban á las órdenes de Baraguay-d'Hilliers, y adjudicó á éstos cierto número de piezas de artillería montada, poniéndoles inmediatamente en marcha hacia Strasburgo. Ordenó al propio tiempo reunir en la Alsacia toda la caballería pesada que quedaba en Francia, y envió al general en jefe de la artillería, Songis, á disponer un parque de campaña entre Metz y Strasburgo, con fondos para comprar en la Lorena, en la Suiza y en Alemania, todos los caballos de tiro que se pudiesen proporcionar. A la infantería, que estaba cercana á la frontera del Este, envió la misma orden. Encargó en Strasburgo quinientas mil raciones de galleta. Con tan numerosa caballería, acompañada de la artillería montada, y auxiliada por los dragones que formaban una especie de infantería, podía empezar acorriendo á los bávaros amenazados que levantaban clamores pidiendo socorro. En breve podrían también socorrerlos algunos regimientos de infantería. Por último, Bernadotte podía trasladarse al Wurtzburgo en diez ó doce marchas. Así en pocos días, sin haber distraído más parte de sus fuerzas embarcadas que unas cuantas divisiones de caballería pesada y dragones, se hallaba en disposición de sostener á los bávaros, que eran los primeros que se proponía escarmentar el austriaco. Ejecutadas estas disposiciones con la celeridad peculiar de una alma grande, trató de tranquilizar un tanto su espíritu en la

expectativa de las noticias que pudiesen traerle los vientos.

Mostrábase taciturno y preocupado, y áspero con el almirante Decrés, en cuya fisonomía creía ver pintadas todas las ideas que habían desaminado á Villeneuve, y no acertaba á separarse de la ribera del mar buscando con ansia en el horizonte alguna aparición inesperada. Tenía apostados en todos los puertos de la costa oficiales de marina, encargados de espiar con sus anteojos todos los accidentes de la mar y de comunicárselos; de este modo pasó tres días, en una de esas situaciones inciertas que más repugnan á los hombres de corazón ardiente y enérgico, propensos á las medidas declaradas, hasta que por fin el almirante Decrés, á quien sin cesar interrogaba, le manifestó que en su opinión, vistos el tiempo que había transcurrido, los vientos que habían reinado en la costa de Calais, y los pocos ánimos de Villeneuve, las escuadras habían dado la vela con dirección á Cádiz.

No sin profundo dolor y violentas explosiones de cólera, renunció por fin Napoleón á su esperanza de ver llegar su escuadra al estrecho. Fué tal su exasperación, que el mismo sabio Monge, á quien profesaba una particular predilección, y que casi todas las mañanas le acompañaba en su frugal almuerzo á lo militar, en su barraca imperial orilla de la mar, al verle en aquel estado se alejó discretamente juzgando su presencia importuna. Fuese en busca de Mr. Daru, á la sazón oficial primero de la secretaría de la Guerra, y le estaba refiriendo lo que acababa de presenciar, cuando fué éste llamado á su vez por el emperador. Le encontró agitado, murmurando entre dientes, sin advertir al parecer á los que con él estaban; no bien entró, viéndole Napoleón en pie, silencioso y esperando sus órdenes, se dirigió á él, y como si estuviese enterado de todo:—¿Sabe usted, le preguntó, sabe usted dónde está Villeneuve? ¡En Cádiz!—Empezó después una larga diatriba contra su flojedad, contra la incapacidad de todos los que le rodeaban; dijo que se hallaba vendido por la cobardía de los hombres, deploró la ruina de lo mejor de sus planes, del más seguro que en su vida había concebido, y descubrió con toda su amargura el dolor del genio abandonado por la fortuna. Pero reprimiendo sus ímpetus, se calmó de repente, y trasladando con asombrosa facilidad sus pensamientos desde las cerradas vías del Océano á los abiertos senderos del continente, se puso á dictar y estuvo dictando varias horas seguidas, con una presencia de ánimo y una exactitud de pormenores admirables, el plan que en el siguiente libro referiremos, que fué el de la inmortal campaña de 1805. Desapareció completamente la iracunda expresión de su voz y de su gesto (1); las grandes concepciones de su mente habían disipado los dolores de su alma. En vez de acometer á la Inglaterra por la vía directa, disponíase á atacarla por la larga y sinuosa vía del continente, y en este sendero iba á conquistar una incomparable grandeza antes de encontrar su ruina.

¿Hubiera Napoleón conseguido su objeto con más seguridad por la vía directa, es decir, por medio de la invasión? He aquí una duda que ocurrirá con mucha

(1) Extractamos esta relación de un fragmento de un libro de memorias escrito por Mr. Daru. (N. del A.)

frecuencia en los tiempos presentes y venideros, duda que no será fácil decidir. Sin embargo, sin ofender á la pasión británica, nos parece lícito creer, que una vez conseguido por Napoleón su intento de trasladarse á Douvres, hubiera podido muy bien ser aquella vencida por el ejército y el capitán que en solos diez y ocho meses reunieron y sojuzgaron al Austria, á la Alemania, á la Prusia y á la Rusia. No hubo en efecto un solo hombre más en aquel ejército del Océano cuando venció en Austerlitz, en Jena y en Friedland á los ochocientos mil soldados del continente. Digámoslo por fin: no estando acostumbrada la Inglaterra al peligro de la invasión por la inviolabilidad territorial de que goza, lo cual en nada amengua la gloria de sus escuadras y de sus ejércitos regulares, es muy probable que no se hubiese atrevido á hacer frente á los soldados de Napoleón, cuando aun no los había extenuado el cansancio ni diezmando la guerra. Verdad es que si en semejante caso hubiera adoptado su gobierno la heroica resolución de refugiarse, por ejemplo, á la Escocia, dejando asolar la Inglaterra, hasta que se presentase Nelson con todas las escuadras inglesas reunidas, y cerrase la salida al vencedor Napoleón, y le expusiese á quedar prisionero dentro de su propia conquista, hubieran probablemente ocurrido muy singulares combinaciones; pero semejante resolución no era en manera alguna verosímil, y creemos por lo tanto que una vez internado Napoleón en Londres, la Inglaterra hubiera pedido un convenio.

Toda la cuestión dependía, pues, del paso del estrecho. Este paso era peligroso, ya pudiese la escuadrilla atravesarlo en verano durante la calma, ó en invierno á favor de la bruma: razón por la cual quería Napoleón protegerla con una escuadra. Se dirá que la cuestión quedaba reducida á la primera dificultad, es decir, á vencer á los ingleses en la mar; pero no, porque no se trataba de sobrepujarlos, ni de contrarrestarlos siquiera. Tratábase únicamente de llevar, por medio de una combinación acertada, una escuadra al canal de la Mancha, sacando partido de los azares de la mar y de su inmensidad, que dificulta los encuentros. El plan de Napoleón, tantas veces reformado y reproducido con tanta fecundidad, ofrecía todas las probabilidades de buen éxito en manos de cualquier hombre más enérgico que Villeneuve. Es indudable que Napoleón tuvo que luchar esta vez con los inconvenientes de su inferioridad marítima; Villeneuve se persuadió de ella y se desalen-

tó; pero se desalentó demasiado, hasta el punto de dejar su honor comprometido ante la severa historia. Su escuadra había combatido dignamente en el Ferrol, y suponiendo que se hubiese empeñado á vista de Brest en el desastroso combate que de allí á poco dió en Trafalgar, Ganteaume hubiera quedado libre del bloqueo, y aunque le hubiese perdido, hubiera asegurado el paso de la Mancha. En semejante caso, su derrota hubiera equivalido á una victoria. Así pues, Villeneuve no obró como debía, si bien la crítica le ha tratado con severidad excesiva como á todo hombre desgraciado le acontece. Marino por educación más que por genio, no comprendió que el arrojo suple á veces la falta de recursos materiales, y no supo elevarse á la altura de su misión, ni hacer lo que Latouche-Treville hubiera seguramente hecho en su caso.

La empresa de Napoleón no era pues una quimera; era completamente realizable tal como él la había preparado; y quizás á los ojos entendidos, á pesar de no haber producido resultado, le honrará más que las que le salieron coronadas con ruidosos triunfos. Tampoco fué una ficción, como algunos se han imaginado queriendo hallar misterio donde no lo hay: hay miles de cartas de los ministros y del emperador que quitan sobre esto toda duda. Fué aquella una empresa formal madurada por espacio de muchos años con verdadera pasión. También se ha dicho que Napoleón hubiera podido atravesar el estrecho á no haber desoído á Fulton cuando le ofrecía el modo de navegar con el vapor. La importancia y lugar que podrá obtener la navegación con el vapor en los acontecimientos futuros, no puede predecirse hoy. Que dé á la Francia fuerzas mayores contra la Inglaterra, es muy probable; que facilite la travesía del estrecho, dependerá de los esfuerzos que sepa hacer la Francia para asegurarse la superioridad en el empleo de esta potencia enteramente nueva; dependerá de su patriotismo y de su previsión. Pero lo que puede afirmarse acerca de la repulsa de Napoleón es, que Fulton sólo le ofreció un arte que aún estaba en su infancia, y que de nada le hubiera servido á la sazón. Napoleón hizo pues cuanto estuvo de su parte, y no hubo en aquellas circunstancias un solo error que echarle en cara. Sin duda la Providencia no quería que se lograsen sus fines. ¿Quién sabrá la causa? Reconocamos empero que así como otras veces le faltó la razón, entonces la tuvo enteramente de su parte.